

1841-1873

Por Luis Moran Loret de Mola.

LA HUELLA HUMANA



IGNACIO Agramonte Loynaz—hijo legítimo del Caballero Regidor, Fiel ejecutor, licenciado Ignacio Agramonte Sánchez y de la señora María Filomena Loynaz y Caballero—nació en la hoy titulada ciudad de Camagüey (antes de Santa María del Puerto del Príncipe), en la calle de la Soledad—hoy Estrada Palma—esquina a la de Candelaria—hoy Independencia,—en la casa que hoy conserva su antigua arquitectura colonial y el escudo de la familia. El varón que habla nacido el día 23 de diciembre de 1841—hace, pues, una centuria—fue bautizado solemnemente por el Teniente Cura de la Parroquia de Nuestra Señora de la Soledad, en esa Ciudad, el día seis de enero de 1842, nombrándolo Ignacio Eduar do Francisco de la Merced.

Educado en el seno del hogar por sus padres, conforme las costumbres rigurosas y severas que imperaban entonces en Puerto Príncipe, fué un hijo valioso para aquella familia tan virtuosa y honrada, que gozaba de prestigio en la ciudad legendaria. La instrucción la recibió en los colegios locales hasta que fué matriculado en el que dirigía, en esta Ciudad, aquel Apóstol de la juventud cubana que se llamó José de la Luz y Caballero, que debió, pues, haber influido poderosamente en la perfección moral del adolescente. En la Universidad cursó estudios hasta graduarse como Licenciado en Derecho Civil y canónico, antes de estallar la insurrección del 10 de octubre de 1868.

Hombre de nobleza de sentimientos, amigo fiel, ardiente espíritu liberal, instruido con ideas progresistas, saturado de las ideas políticas más generosas, humanas y justas, compenetrado con el pensamiento político que produjo las dos revoluciones democráticas del siglo XVIII: la francesa y la americana, escogió como tesis de grado un tema donde habló de los derechos individuales, propugnando el desarrollo de la acción individual y condenando, con palabras precisas, elocuentes y valientes, la no vigencia de los mismos; censurando el poder omnímodo; manteniendo que el derecho para ser tal y obligatorio debe tener por fundamento la justicia; señalando como tres leyes del

espíritu humano que se encuentran en la conciencia: la de pensar, la de hablar y la de obrar; defendiendo la necesidad que la sociedad garantice la propiedad y seguridad personales en el individuo; evocando que la constituyente francesa de 1791 proclamó entre los demás derechos del hombre el de la resistencia a la opresión; sosteniendo al mismo tiempo, que sólo la administración centralizada de una manera bien entendida o conveniente, deja expedito el desarrollo individual; condenando el exceso en la centralización y la descentralización absolutas, porque la una conduce al absolutismo y la otra a la anarquía y el desorden; abogando por la libertad de la industria porque permite la competencia entre los productores, causa poderosa del perfeccionamiento de los productos y su mejor precio que los pone al alcance de los consumidores; y manteniendo que el gobierno que con una centralización absoluta destruya el desarrollo de la acción individual, y no permita el desenvolvimiento progresivo de la sociedad, no se funda en la justicia, sino tan sólo en la fuerza y al Estado que tal fundamento tenga, algún día, cuando los hombres conociendo sus derechos violados, se propongan reivindicarlos, irá el estruendo del cañón a anunciarle que cesó su letal dominación.

Ejerció la profesión de abogado en esta Ciudad y luego se trasladó a Puerto Príncipe. En la Habana había sido también, algunas veces, Juez de Paz, caracterizándose por su probidad y recta moral.

Durante la permanencia de Agramonte en esta Ciudad, se había distinguido como orador, primero en el Aula Magna de la Universidad, y luego en otros actos culturales. Aquí conoció también, en diversos centros y sociedades culturales, a los más preclaros hijos de Cuba en su época. Algunos de éstos le acompañaron en su labor revolucionaria en 1868.

Ya establecida su residencia definitiva en Puerto Príncipe, contrajo matrimonio, en agosto de 1868, con la señorita Margarita Amalia Simoni y Argilagos, hija del médico José Ramón Simoni, aquella mujer que había enamorado años anteriores y con la que había contraído relaciones amorosas permanentes no obstante la ausencia de la localidad, pero reflejando en todos sus actos una verdadera adora-

... en la conciencia: la de pensar, la de hablar y la de obrar; defendiendo la necesidad que la sociedad garantice la propiedad y seguridad personales en el individuo; evocando que la constituyente francesa de 1791 proclamó entre los demás derechos del hombre el de la resistencia a la opresión; sosteniendo al mismo tiempo, que sólo la administración centralizada de una manera bien entendida o conveniente, deja expedito el desarrollo individual; condenando el exceso en la centralización y la descentralización absolutas, porque la una conduce al absolutismo y la otra a la anarquía y el desorden; abogando por la libertad de la industria porque permite la competencia entre los productores, causa poderosa del perfeccionamiento de los productos y su mejor precio que los pone al alcance de los consumidores; y manteniendo que el gobierno que con una centralización absoluta destruya el desarrollo de la acción individual, y no permita el desenvolvimiento progresivo de la sociedad, no se funda en la justicia, sino tan sólo en la fuerza y al Estado que tal fundamento tenga, algún día, cuando los hombres conociendo sus derechos violados, se propongan reivindicarlos, irá el estruendo del cañón a anunciarle que cesó su letal dominación.

Revela el... en la... de...

ción hacia la mujer más culta, más bella y más virtuosa de su época y que había sido educada en Europa y gozaba de merecida simpatía y admiración entre todos sus conterráneos, para quienes ¡parecía una reina!

Al iniciarse la conspiración para la insurrección cubana, que estalló en 1868, fué uno de los más activos representantes de Puerto Príncipe. Colaboró, en unión de Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía, Ignacio Mora y de la Pera, Manuel R. Silva, los hermanos Arango, Francisco Sánchez Betancourt, Carlos Lorei de Mola y Varona, los hermanos Boza y cooperó con los elementos orientales en la labor conspiradora. Iniciada la insurrección en "La Demajagua", por Céspedes, y secundada casi inmediatamente por los hombres camagüeyanos en "Las Ciénegas", permaneció breves días atendiendo los trabajos y documentos de la Junta Revolucionaria de Camagüey hasta que decidió incorporarse, el día once de noviembre, a las fuerzas armadas contra la opresión.

Hombre decisivo fué Agramonte

en la guerra de 1868. Ante las vacilaciones de Napoleón Arango, en la Asamblea de las Minas, se irguió, e inspirado y valiente, supo señalar el derrotero: la guerra sin cuartel contra el opresor de la libertad de Cuba. Y, al finalizar el mes de su incorporación al movimiento armado, asistía al bautismo de sangre de los camagüeyanos en el famoso encuentro de "Bonilla".

El Comité Revolucionario de Camagüey, formado por Salvador Cisneros Betancourt, Eduardo Agramonte Piña e Ignacio Agramonte Loynaz, tuvo en este último su paladín más entusiasta y valioso. Allí combatió las ideas de Arango, tendientes a entrar en negociaciones con el General Dulce, nuevo Capitán General de la Isla, y lanzó la vibrante proclama del 27 de enero de 1869, condenando el asesinato impune de Augusto Arango. Niégase a acatar la jefatura dictatorial que pretendía ejercitar Céspedes y así se lo hizo saber a éste, cuando fué visita del Comité mencionado, en Guáimaro, donde Céspedes asistió, alegando que debía ser el jefe de la Revolución por haber sido el primero en alzarse en armas contra España; aunque, no obstante esta divergencia política, no titubeó en disponer el auxilio necesario para los hombres de Oriente, consis-

tente en suministrarles parte de las armas que había traído la expedición del General Quesada, así como aceptar la cooperación del General Heredia que le brindaba Céspedes para coadyuvar con los camagüeyanos en una empresa bélica de importancia. La diferencia entre las ideas de Céspedes y Agramonte consistían sencillamente en que mientras aquél quería mantener las instituciones vigentes hasta la expulsión del dominio español, Agramonte quería fundar el Estado cubano con instituciones completamente nuevas y democráticas, redactándose la correspondiente Constitución política. El documento firmado el 7 de febrero de 1869 es el mejor exponente de la ideología sustentada por Ignacio Agramonte y en donde comunicaba a la Junta Revolucionaria de la Habana su oposición a lo que Céspedes representaba.

Al disolverse el Comité antes mencionado, para dar nacimiento a un nuevo organismo político donde estuviera representado adecuadamente el pueblo insurreccionado y formarse la Asamblea de Representantes del Centro, fué uno de sus tareas Ignacio Agramonte Loynaz. En este nuevo organismo revolucionario sancionó, el 26 de febrero de 1869, la abolición de la esclavitud. Este decreto era más amplio en su contenido que el suscrito por Céspedes en diciembre de 1868. El 17 de marzo firmaba la célebre proclama dirigida a sus comprovincianos, censurando la conducta de Napoleón Arango. Y, por último, no titubeó en firmar aquellos dos documentos de alta política que fueron dirigidos al General Banks y al Presidente de los Estados Unidos de N. A., agradeciéndole al primero que el Senado, a excitación suya, autorizara al Presidente de la Unión para que reconociera la Independencia de Cuba; y, en cuanto al segundo, pidiéndole el reconocimiento antes autorizado y expresado.

Obtenida la decisión de Céspedes para unificar a los revolucionarios, tras los esfuerzos difíciles pero inteligentes de la Asamblea de Representantes del Centro y con el concurso eficaz de Ignacio Mora, delegado para Agramonte para continuar la tarea por él emprendida, y acordada la disolución del organismo político-revolucionario de los camagüeyanos, fué designado Ignacio Agramonte para representar a su pueblo en la hora solemne y memorable de Guáimaro.

... en ...

... de ...

Handwritten mark resembling a stylized '9' or '4'.

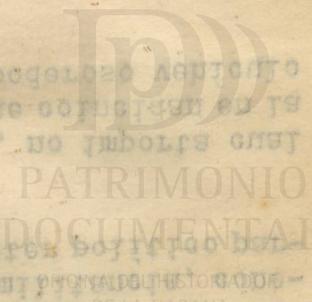
La Asamblea de Guáimaro fué la obra de dos cerebros equilibrados. E Ignacio Agramonte fué el máximo inspirador, el alma de aquella jornada sublime del 10 de abril de 1869, donde fué plasmada la Constitución que lleva el nombre del pueblo donde se elaboró, sancionóse y promulgóse. El 11 de abril de propio año apoyó en la Cámara Constituyente la proposición del C. Eduardo Machado, consistente en que la bandera enarbolada por López y Agüero, en 1851, era la que debía considerarse la del Estado de Cuba, simbolizando la Revolución en toda la Isla, exponiendo que las leyes de la Heráldica, invocadas por el C. Antonio Lorda, arrebataban los blasones y los timbres de los reyes y de los nobles, y la República puede gloriarse en desatenderlas intencionalmente.

Concluida la obra de Guáimaro, no obstante haber sido designado Representante a la Cámara, renunció el cargo para aceptar el de Mayor General de la División de Camagüey. Y en los primeros días de Mayo se batió contra las fuerzas del brigadier Lesca en Altagracia. La versión española del combate señala que: "Por ambas partes hubo tenacidad y empeño, y mucho desmerecería la idea del valor de los soldados españoles, si el tributo de la verdad no diese a conocer que en esta acción se trataba de un enemigo que se defendía con denuedo y que oponía una resistencia como pocas veces". La acción de Altagracia, atribuida por los españoles al General Quesada, fué obra de Agramonte, pues aquél ni dirigió la lucha ni estuvo presente en el teatro de los hechos. En junio peleaba a las órdenes de Quesada, asaltando y tomando el fuerte de "La Llanada", quedando destrozada totalmente en "Sabana Nueva" la guarnición española y capturando cerca de cien soldados, que fueron perdonados, no así los oficiales, que fueron pasados por las armas. En julio dirigió el asalto a Puerto Príncipe por cuatro puntos bien escogidos. La acción no tendía a apoderarse de la Ciudad, ya que las fuerzas a su mando no eran suficientes y las propias armas eran inútiles para la empresa. Lo

que pretendió fué levantar el crédito de la Revolución con el empeño bizarro. Participó en el proyectado asalto a las Tunas, ordenado por el General Quesada, aunque censuró la táctica empleada por éste, que culminó en el fracaso del asalto. En enero de 1870, al mando de las fuerzas que tenían como jefe superior a Tomás Jordán, que había sustituido al depuesto Quesada, participó, al frente de unos quinientos hombres, en la acción de las Minas de Guáimaro, en el combate librado contra las fuerzas del General Eusebio Puello, donde perecieron más de doscientos españoles y sólo dos miembros de las fuerzas cubanas, acción heroica y valiosa, conceptuada por Sangüny como la más ruidosa y notable de la guerra hasta la de Palo Seco. Días después libraba la heroica proeza de "Imías" contra las fuerzas de Goyeneche.

Disgustado con la forma como se procedía a repartir los elementos necesarios para las faenas guerreras, renunció el cargo que ostentaba tan dignamente. Una disposición del Presidente Céspedes, que consideró ofendía su honor, dió lugar al reto que lanzó al mismo en mayo de 1870: "El Jefe y el caballero C. arrojan al rostro de usted el lodo que ha querido mancharle, ofreciéndole su bolsillo. Como Jefe estoy dispuesto a responder ante los Tribunales competentes y, como caballero, donde usted quiera". Y, como simple ciudadano, ya aceptada la renuncia del cargo, protestó ante la Cámara de la postura de Céspedes y su gobierno para los intereses del Camagüey.

Durante aquellos días amargos del año 70 sufrió Ignacio Agramonte calamidades singulares. "El Idilio"—situado en la jurisdicción donde había nacido su primogénito—fué asaltado por las fuerzas españolas y quedaron prisioneros sus familiares, entre éstos, su esposa e hijo. El, ante el deseo de ver a su adorable Amalia, no titubeó en aproximarse a unos pocos pasos del campamento de San Juan de Dios, en unión de Enrique Loret de Mola, como él expresara en memorable carta, y no de Elpidio Loret de Mola, como



9

anotara José Martí en "Céspedes y Agramonte". No obstante carecer de fuerzas suficientes y sin cargo alguno dentro del Ejército, acompañado de hombres como Baldomero Rodríguez, Francisco Palomino, Enrique y Elpidio Loret de Mola y, a veces, reforzado también con las fuerzas de Maraguán, trabó combates: El Cercado, Jimirú, Socorro, Ingenio Grande...

Ante el estado desastroso en que yacía la Revolución en Camagüey, la incapacidad de los jefes que sucedieron al héroe y la falta de disciplina revolucionaria, se decidió la necesidad de reponer en el mando a Ignacio Agramonte. Y así, decidida la reincorporación, por decisión de la Cámara y a petición de Carlos Loret de Mola y Varona, se decidió la reposición del mismo. Agramonte no reparó en esfuerzos supremos; y aceptó el cargo nuevamente.

En enero de 1871 asumió el mando de las fuerzas del Camagüey. Y, tras de dirigir una proclama conmovedora a los habitantes del territorio, se dispuso a reorganizar las fuerzas armadas que disponía a su mando; con la palabra y el ejemplo moralizó aquellas tropas indisciplinadas; formó a los soldados en la vida del campamento y del combate, mantuvo el orden y la disciplina, creó talleres, fábricas e hizo un ejército, adquiriendo confianza extraordinaria entre sus hombres, que le seguían, casi ciegos en las cargas al enemigo.

La campaña de 1871, emprendida por Agramonte, se inició con el asalto a la torre Óptica de Colón o Pinto. Siguiéron a esta acción los combates famosos de "La Uretania", "San Fernando", "Hico-tea", "El Asiento" y el del río Najasa. Ante la adversidad y la falta de recursos para pelear, no tuvo inconveniente en ripostar que contaba "con la vergüenza de los cubanos" para su misión contra la opresión colonial reinante en Cuba. Y al heroísmo desplegado con tres docenas, no completas, de soldados, en octubre de 1871, rescatando al brigadier Julio Sanguliy, prisionero de las tropas españolas, siguieron las acciones del asalto a la Horqueta, la batalla que ganó al capitán Setién, que pereció, tras lucha personal con Agramonte, víctima de los tiros de los capitanes Luis Loret de Mola y Fructuoso Larrieta; batiéndose en noviembre contra el teniente coronel Bernal en el potrero de "La Matilde".

La bizarría y la disciplina que mantenía Agramonte en sus huestes, justificaron la designación para asumir conjuntamente con el de Camagüey el mando del departamento militar de Las Villas en 1872. En julio de este año, tras heroico combate, cayó prisionero de sus fuerzas, Luis Estévez González, donde fué herido el jefe camagüeyano, que no obstante su estado de salud, continuó dirigiendo el combate y, al terminar el mismo, rindió culto al heroísmo del adversario y a la hidalguía de que había hecho alarde el jefe español, quedando aquél en libertad. Después de otras acciones, se libró la del Carmen, donde el enemigo se desconcertó. Y, por último, llegó el año aciago de 1873, en que habría de sucumbir el héroe, para desdicha de Cuba; Agramonte había planeado la invasión a Occidente, que jamás pudo efectuar por la falta de recursos del gobierno; libró en enero el combate de Buey Sabana; siguiendo a éste el del Jobo; derrotando en marzo a la caballería española que mandaba el capitán Oleaga; y tras la de Aguará se libró la batalla famosa del 7 de mayo, anotándose una brillante victoria sobre las fuerzas del teniente coronel Leonardo Abril, que pereció en el fragor del

combate que la posteridad habría de conocer con el nombre del Cocal del Olimpo, por el sitio donde se efectuó parte del encuentro entre cubanos y españoles. Y, al fin, el héroe insigne, el ca-

ballero sin tacha, la encarnación de la perfección humana y el más honesto en la vida privada de cuantos cubanos se han conocido, tuvo el triste encuentro del potrero de Jimaguayú, que librado el 11 de mayo de 1873, representó la tumba de los ideales democráticos sustentados por el adalid camagüeyano. Conducido el cadáver al pueblo natal e identificado, tras haber sido "paseado como un Cristo en andas, pero con escarnio", las autoridades españolas procedieron a la incineración del cadáver con leña y petróleo en el recinto del Cementerio General, donde indudablemente, sin que se haya podido comprobar científicamente el sitio, fueron enterrados los restos que incuestionablemente resistieron al procedimiento empleado para destruir el cadáver.

"¡A vengar al Mayor!", que era la frase empleada por su Ayudante Enrique Loret de Mola, fué propa-

ojiticos en
Bilucibros
lta es pat-
a Borelben-
a taa leit-

Jo itamo so
nuegos' se-
to jos flu-

tro dease de
cton e ma-
esvrtin de
rplocclat-
tento de ja

toles apra-
es aprnos'

negrlos ko-
enctontate'
breceleure
A teentoe'

es demooly-
e en ja con-
en no ea-
Kenge diltu
elo e en cu-
clitlle' no
lage e timbo-
suro bol ca-

son de extra-
sua luerue
lmbiqumon-
nktptes jos

eo legranto
en te

g

5

3000056

gándose a través de toda la Isla, mientras en la emigración quedaba sumida en el mayor de los pesares, abatida extraordinariamente por la irreparable pérdida, la señora Amalia Simoni en unión de los huérfanos Ignacio y Herminia Agramonte Simoni, que de regreso a la tierra natal no tuvo otro momento más impresionante, hasta su muerte, acaecida en 23 de enero de 1918.

en esta Ciudad, que aquel 24 de febrero de 1912 que, presente en la antigua Plaza de Armas de Puerto Príncipe, hubo de sentir la tristeza y el orgullo, la pena y la valentía, "la gloria y el dolor de des-

caracterizó por la sociabilidad, finura en el trato social aquel hombre eximio del Camagüey que fué, según la autorizada opinión de Máximo Gómez, "el jefe incontrastable, el maestro de todos en la guerra". En la escuela y en la Universidad, en los centros culturales y en las sociedades de solaz, en los bailes y en las reuniones conocía y lograba agradar, halagar y conquistar el afecto y la simpatía de todos.

La educación valiosa y esmerada que poseía le hizo de trato respetuoso, de serenidad extraordinaria y de intachable conducta en todos los instantes de su vida ejemplarísima. Y así, aquel ser saturado de virtudes y sin vicios ni manchas morales, podía enfrentarse contra los militares no finos en las sociedades y enaltecía su caballerosidad cuando respetaba el pudor de las damas, como en aquella ocasión sublime en que esperó lo suficiente para no ofender a las compañeras de su esposa, que había dado a la vida al primogénito cuando él cumplía con sus deberes cívicos.

Y esas características de la conducta humana, que fueron invariables y decisivas en la vida del ciudadano que pudo decir, con más certeza que otros: "Tout est perdu, moins l'honneur", su actuación cortés, respaldaban lo mismo cuando empleaba un pañuelo de uso personal en socorrer a una dama que cuando asumía la plena responsabilidad de su obra, tras de acometer a los adversarios de la justicia, el orden o la virtud, sin titubeos, porque en él como señalaba Manuel Sanguily, "se hermanaba la dulzura con la más indomable energía".

Lo mismo era preocupado por sus obligaciones cuando tenía que atender su tarea de Juez de Paz, "revestido de una calma inglesa, con la sonrisa en los labios ante mil pasiones bastardas" — como le expresara a su novia, a Amalia — cuando atendía a la residencia, inmediatamente de haber recorrido leguas después de un encuentro con el enemigo, haciendo la jornada que correspondía a la mujer, con cualidades dulces y sencillas en el hogar o cuando atendía, en pleno campamento insurrecto, la causa instruída al subalterno envuelto en los amorosos.

Las mismas virtudes urbanas lo enaltecían en el trato íntimo con la novia o la esposa que en sus relaciones con sus compañeros y sus subordinados. La modestia y la sencillez de su espíritu social — que era también enemigo de la vanidad — "conocía el modo de llegar al corazón de los demás". Pues aquella existencia era delicada y respetuosa sin distinción de personas y la hidalguía era constante en su ejecutoria humana, siendo con los soldados en sus relaciones verdaderamente paternal, aún en los instantes en que se hizo más imprescindible cumplir las disposiciones vigentes y el mantenimiento de las virtudes personales.

Ignacio Agramonte — «ciudadano benemérito», para Máximo Gómez —, hizo, según expresó en su Diario Ignacio Mora, a sus soldados personas finas, amables y de gran energía.

No obstante haber sido de afectos tiernos y apasionados, de espíritu leal, comunicativo, generoso, reflexivo y comprensivo, sumo someterse a las normas del derecho y cumplir y hacer cumplir la legislación vigente, amoldando la guerra y su propia ejecutoria militar, en lo permitido y humanamente posibles, a la ética militar. Y así, le vieron pulcro y humano, aún con las insignias de Mayor General del Ejército, Cubano porque, en verdad, el militar culto, educado y virtuoso es, quizás, el mejor exponente de la civilidad, del trato social de la urbanidad, expresando Máximo Gómez en la carta de pésame a Amalia Simoni, "el que a sus nobres cualidades de guerrero y de patriota, reunía las prendas de un caballero, el que era respetado como jefe, el que era amado como un amigo".

PATRIMONIO DOCUMENTAL

tre los suyos gozaba". — Francisco Pi y Margall.

x x x

"Nada requería tan gran esfuerzo de imaginación y de expresión como presentarlo tal como fué, tal como fué modificándose, al través de las vicisitudes y peligros, en su ascensión continua hacia la perfección moral y patriótica que llegó a realizar en los momentos de desaparecer para siempre.

"De él apenas si queda, en la rutinaria reverencia pública, un nombre egregio y más o menos vano, junto con el fragmentario recuerdo de hazañas imprecisas. Es pues, necesario esperar a que se escriba la historia de su breve y luminosa vida, que sería tan útil en lo futuro como ejemplo inmaculado de civismo y de grandeza moral, en tanto grado como lo fué realmente en períodos tempestuosos de gloria y abnegación, de lucha incesante y heroica... Porque Ignacio Agramonte merece en realidad un monumento. No se comete injusticia, ni se incurre en exageración, declarando que es uno de los cubanos más dignos de la eterna consagración del arte y de la historia, pues que fué grande por el patriotismo, grande por la inteligencia, la aplicación, y aún la palabra,—grande por el carácter, por la energía, por la firmeza de sus propósitos, por la entereza y la resolución,—grande por el valor, por el arrojo, por el desprecio de la vida,—grande, sobre todo por la virtud. Fué amigo tierno y leal, buen hijo, buen hermano, buen padre, esposo modelo, dechado de ciudadanos, de caballeros, de patriotas,—un hombre impecable y, cuanto lo consiente la flaqueza ingénita de nuestra pobre humanidad, un ser perfecto,—fugoso y apasionado como Bolívar, grave, puro, austero como Washington! Fué por lo mismo, sabio en el consejo, pronto en la acometida, prudente y acertado en el mando, elocuente en las asambleas, terrible en los combates,—inflexible contra el desorden,—carifoso y bueno en sus íntimos afectos, como si el destino hubiese querido completar a aquellos dos héroes del Sur y del Norte, en la persona inmensa del cubano, haciéndolo más respetuoso de las leyes y de la moral que el uno, y menos marmóreo y glacial que el otro,—es decir, más humano, sin dejar de ser de la misma especie casi divina que sus dos émulos; aunque por su desventura y la nuestra, si tuvo la gloria de morir en un campo de batalla por la independencia de su patria, que los otros próceres no tuvieron, ellos en cambio viven en la fulgencia de apoteosis eterna, consagrados por la victoria que no quiso ungir al que acaso menos mereció sus desdenes...

"Aquel fué un acontecimiento en

Y aquel paladín del decoto y la justicia humana era demócrata por excelencia. Fué el alma, quizás, de la democracia cubana durante la guerra grande, aquella que surgió de un rasgo más sublime que la famosa abolición de los privilegios de la nobleza francesa, porque en ésta el pueblo iba a obtener la igualdad arrebatando a aquélla su preeminencia, mientras en la guerra de Cuba la aristocracia—la de la cultura—unida a la riqueza cubana, para forjar la democracia, elevaba a categoría ciudadana al esclavo, emancipándolo y complementando sus derechos hasta elevarlo al rango de señor. Y como era demócrata convencido, en memorable documento expresó:

"Amamos la unión estrecha de todos los cubanos y sin ella no concebimos el bien de Cuba, pero esa unión no puede tener otra base que la de las instituciones democráticas y no podemos ni debemos cimentarlas sobre el capricho o la voluntad de un hombre, porque tanto valiera el régimen que condenamos en los opresores de Cuba y que nos lanzó a la revolución".

Enemigo del despotismo, la dictadura—por buena que fuera la persona que la asumiera—y de la tiranía, libró contra éstos enérgicas batallas. Y su lucha contra Céspedes no fué otra cosa que su anhelo de contemplar siempre radiante el imperio de la democracia y el testimonio más elocuente de su oposición a la dictadura está, quizás, en su integridad cuando el General Manuel de Quesada quiso sobornarle ofreciéndole la lugartenencia del Camagüey a cambio del establecimiento de una dictadura.

APOLOGIAS

"Quien haya leído la pintura de Enjobras en "Los Miserables", de Hugo, conoce a Ignacio Agramonte. Tenía iras de Arcángel: fué la ira celeste contra el infierno que había en la Cuba de su tiempo. Era de Acero y de diamante". — Antonio Zambrana.

x x x

"...caballero sin miedo y sin tacha, que como ningún otro encarnó el espíritu de la Revolución... Ignacio Agramonte vivirá eternamente en el corazón de sus compañeros como el símbolo austero y magnífico de la etapa más gloriosa de su pueblo". — Manuel de la Cruz.

x x x

"Fué muy sentida la muerte del valeroso y joven general revolucionario, en quien sus partidarios fundaban grandes esperanzas por sus envidiables dotes militares, su ilustración y el prestigio de que en-

Vertical text on the left side, appearing as bleed-through or faint print, including words like "Enemigo del despotismo", "Amamos la unión estrecha", and "Quien haya leído".

Vertical text on the right side, appearing as bleed-through or faint print, including words like "Aquel fué un acontecimiento", "Enemigo del despotismo", and "Amamos la unión estrecha".

la que arranca de la limpieza del corazón; que se sonrojaba cuando le ponderaban su mérito; que se le humedecían los ojos cuando pensaba en el heroísmo, o cuando sabía de una desventura, o cuando el amor le besaba la mano: "¡le tengo miedo a tanta felicidad!". Leía despacio obras serias. Era un ángel para defender, y un niño para acariciar. De cuerpo era delgado, y más fino que recto, aunque de mucha esbeltez. Pero vino la guerra, domó de la primera embestida la soberbia natural, y se le vió por la fuerza del cuerpo la exaltación de la virtud. Era como si por donde los hombres tienen corazón tuviera él estrella. Su luz era así, como la que dan los astros; y al recordarlo, suelen sus amigos hablar de él con unción, como se habla en las noches claras, y como si llevaran descubierta la cabeza.

¡Acaso no hay otro hombre que en grado semejante haya sometido en horas de tumulto su autoridad moral a la de la Patria! ¡Acaso no haya romance más bello, que el de aquel guerrero, que volvía de sus glorias a descansar, en la casa de palmas, junto a su esposa y su hijo. «¡Jamás, Amalia, jamás seré militar cuando acabe la guerra! Hoy es grandeza, y mañana será crimen. ¡Yo te lo juro por él, que ha nacido libre! Mira, Amalia: aquí colgaré mi rifle, y allí, en aquel rincón donde le dí el primer beso a mi hijo, colgaré mi sable". Y se inclinaba el héroe, sin más tocador que los ojos de su esposa, a que con las tijeras de coserle las dos mudas de dril en que lucía tan pulcro y hermoso, le cortase, para estar de gala en el santo de su hijo, los cabellos largos.

.....
 "Pero jamás fué tan grande, ni aun cuando profanaron su cadáver sus enemigos, como cuando al oír la censura que hacían del gobierno lento sus oficiales, deseosos de verlo rey por el poder como lo era por la virtud, se puso de pie, alarmado y soberbio, con estatura que no se le había visto hasta entonces, y dijo estas palabras: "Nunca permitiré que se murmure en mi presencia del Presidente de la República!". — José Martí.

x x x
 "La parte más esencial de Agra-

monte, el período más largo de su existencia, fué como actuante ciudadano, definido hombre de estudios y gabinete, creador revolucionario, y apenas cuatro años en servicio efectivo guerrero. Lo más glorioso de él no está precisamente en sus hechos de armas, sino en sus virtudes y acendrado patriotismo. Más todavía: en su existencia influyó hondamente su idilio con Amalia. Esta, pues, si queremos darle sabor auténtico agramontino a su historial, es imperativo que viva a su lado y en alguna de las tarjas ocupe lo que para él ella significaba:..." — Gerardo Castellanos.

x x x
 "Ignacio Agramonte — ejemplar augusto y postrero vaclado en el troquel desaparecido de Cincinnati y Washington, gloria del Camagüey y honra de la humana estirpe". — Manuel Sangüily.

x x x
 "...Ignacio Agramonte a fuerza de constancia y de estudio, hizo soldados a los camagüeyanos, y les imprimió el amor a la disciplina, al orden y a la moralidad. Estudió la táctica del Marqués del Duero, y sirviéndose de los moldes españoles, formó hojas de servicio que pueden figurar en los archivos de los mejores ejércitos. De una voluntad de hierro para todo lo que se proponía, militares hizo a los hombres que mandaba; pero de la escuela francesa, es decir, inteligentes, finos, amables y de gran energía.

"...Fácil para expresar sus ideas, dominaba completamente a sus amigos y condiscípulos, de los cuales hacía lo que quería... hasta el extremo que a su muerte un sentimiento general de dolor se esparció en todo el Camagüey, y aún hoy se le echa de menos". — Ignacio Mora.

x x x
 "Si el acto de recibir la investidura de grado de cualquier estudiante constituye un acontecimiento solemne de su vida, en el caso singular de Agramonte fué una verdadera apoteosis de dignidad y patriotismo. Allí se revelaron más que el talento y la erudición de aquel joven, sus excepcionales condiciones de carácter... allí quedó marcada con trazo inconfundible, la línea de la vida política de aquel varón austero". — Juan J. Expósito Casasús.

ca bojjttaca en
 sos blincitros
 fionulle ea jst-
 l' los Koperlton-
 foboa jaa Lajr-

jea' jo mtemo a
 de jtmagooa' ee-
 n bala jaa bla-

builto dease de
 entacton e iua-
 eae eaditro de
 sine pliooctat-
 niamtento de ja

te jntoles clpa-
 eaoles clpnaoa'

tos vltatlos ko-
 arafencionatga'
 ction vltatente
 vltja a reentoa'

tionss deaoctle-
 /mbl en ja con-
 vltaca en nu ee-
 e d'atente cltga
 actteta e an ol-
 ja clpntla' no
 coneece e imbo-
 vltatente vol ea-

e l'azon de exta-
 vltatla jnopa
 vltallambitqaen-
 a vltatpna jaa



PATRIMONIO

DOCUMENTAL
 DE LA HABANA

